

Hasta esos dientes chiquitos
que perlas me imaginaba
cuando el amor me cegaba,
hoy son mas negros que titos.

—
Y porque veas, Sofia,
cuánto puede el niño amor
lo que ayer llamé candor
hoy lo llamo bobería.

—
Mas te pudiera adular
pero Sofia, perdona,
que por tan rara persona
no me quiero incomodar. »

—
Así se contradecía
un galan de pobres trazas,
á quien plantó calabazas
la incomparable Sofia.

Romualdo Gallardo.

LA ONDINA DEL ESTANQUE.

(Cuento aleman.)

Erase un honrado molinero que vivia dichosamente al lado de su esposa. Se amaban los dos con extremo, tenian dinero de sobra y su prosperidad crecia como la espuma; mas ¡ay! que tambien como la espuma tenia aquella felicidad que deshacerse. La desgracia, como dice el refran, viene cuando menos se espera, así la fabulosa fortuna de aquellos molineros empezó á decrecer de dia en dia del propio modo que habia sido amontonada, hasta que por fin quedaron reducidos al extremo de poder apenas llamar su propiedad al molino donde habitaban. El marido fué el que se afligió con mayor intensidad, así es que cuando se acostaba por la noche despues de su trabajo, no podia disfrutar ni un instante de reposo y se agitaba sin cesar en su lecho atormentado por mil temores.

Ya una mañana, sin que lo advirtiera su mujer, se levantó al despertar la aurora y salió de su molino para tomar el aire de los campos, imaginándose que esto le refrescaria la cabeza y ensancharia su corazon. Cuando pasaba cerca de la esclusa de su molino, el primer rayo del sol iluminaba el horizonte, y al pobre hombre le pareció entreoir cierto ruido extraño dentro del estanque. Vuélvese de improviso, y viendo primero burbujas en el agua y tras ellas un ténue vapor de color de rosa, quedó por fin estático al contemplar cómo una mujer, de gentiles formás y rara belleza, se iba elevando lentamente en medio de las ondas. Sus luengos cabellos descendian profusamente de uno y otro lado sobre sus hombros, haciendo resaltar mas y mas la deslumbradora blancura de aquella hermosa aparicion. Vuelto en sí el molinero, conoció que aquella era la ondina del estanque, y turbado por el miedo no sabia si permanecer en aquel sitio ó huir de él, hasta que en medio de sus dudas la ondina le hace oír su dulce voz, y con un embelleso indecible le llama por su nombre y le pregunta por qué causa llegaba hasta aquel sitio en tal estado de tristeza. Al principio el molinero no tuvo valor para decir esta boca es mia, así es que permaneció mudo algunos instantes; mas oyendo hablar á la blanca aparicion tan graciosamente, recobró al fin su presencia de ánimo, y la cuenta que en otro tiem-

po habia vivido rico y dichoso, pero que al presente se encontraba tan pobre que no sabia qué partido tomar.

—Respira tranquilo, le respondió la ondina, yo te haré mas rico y mas dichoso que nunca lo has sido; bajo la sola condicion de que prometas darme aquello que acaba de nacer en tu casa.

—Vaya, será algun perrillo ó algun gato, pensó para sí el pobre molinero, y en seguida prometió lo que se le pedia.

La ondina se sumergió en las aguas y él volvió diligente, consolado y lleno de alegría á su molino. En el momento de llegar á él y antes de atravesar los umbrales, la moza de servicio sale de su casa y á grandes gritos le dice que se alegre, porque mientras él habia estado fuera, su mujer acababa de darle un rorro, pintiparado á su padre. El molinero quedó como herido del rayo, comprendiendo que habia sido juguete de la maliciosa ondina. Entró, pues, en su morada con la cabeza y los ojos bajos, llegando en esta forma hasta el lecho conyugal, y cuando su mujer le dijo: ¿cómo es que no saltas de alegría por el nacimiento de nuestro hijo? él la contestó refiriéndola cuanto le habia acontecido y la promesa que habia hecho á la ondina. «¡Ay, de qué nos servirá, añadió con acento lastimero, la prosperidad y la riqueza, si hemos de perder á nuestro hijo!» ¿Mas á qué remedio acudir en cuita tan grande? Los mismos parientes que llegaron á la sazón para felicitar al matrimonio, no encontraban ninguno que les pareciese eficaz.

Entretanto la fortuna derrama á manos llenas sus dones en la casa del molinero. Cuanto emprendia le salia todo á pedir de boca. No parecia sino que las arcas y los baules se colmaban por sí mismos y que el dinero se multiplicaba en el armario durante la noche. De este modo, al cabo de muy poco tiempo se encuentra mas rico que nunca. Mas sin embargo, él no podia gozar tranquilamente de tanta dicha: la imprudente oferta que habia hecho á la ondina le destrozaba el corazon. Cada vez que pasaba por las orillas del estanque antojábasele verla asomar á la superficie y reclamarle su deuda. Así pasó algun tiempo hasta que el niño andaba ya solo, cuya circunstancia vino á aumentar los temores del padre, poniendo gran cuidado en que aquel no se aproximase á las orillas del estanque. «Cuidadito, solia decirle, si llegas á tocar aquellas aguas va á salir de ellas una mano muy grande que te agarrará y te sepultará en el fondo.» Sin embargo de esto, como los años iban trascurriendo sin que la ondina volviera á presentarse el buen molinero empezó á respirar mas tranquilo.

El niño entretanto se hizo jóven y fué colocado con un cazador para que le enseñase el oficio. Con sus buenas disposiciones naturales aprovechó de tal suerte las lecciones que se hizo al poco tiempo un cazador bastante diestro, lo que le valió que el señor del contorno le admitiera á su servicio. Habia en el pueblo inmediato una bonita muchacha de quien se enamoró nuestro jóven y tan luego como su señor fué enterado del caso le regaló una casita para que saliera con mas facilidad airoso en sus pretensiones. No debió parecerle á la jovencuela saco de paja el cazador, puesto que al poco tiempo se celebraron sus bodas y vivieron dichosos y tranquilos, amándose de todo corazon.

Un dia el cazador perseguia á un ciervo y habiéndose salido este del bosque á la llanura; persiguióle aquel, derribándole por fin en tierra con un tiro certero. Afanado en su presa no advirtió que habia caido próxima al peligroso estanque pero despues que la desocupó y arregló para llevársela, se hizo cargo del sitio en que se hallaba y corrió á lavarse en el agua sus manos teñidas completamente de sangre.

Mas no bien se las habia mojado cuando la ondina, saliendo

del fondo, le enlaza, sonriendo, con sus húmedos brazos y le sepulta con tal rapidez que se cerró tras él la superficie, saltando las olas á grande altura, á manera de surtidor.

Luego que cerró la noche, notando su mujer que el cazador no volvía á casa se llenó de inquietud. Salió por fin con ánimo de buscarle, y como él la había contado mas de una vez que tenía que estar muy prevenido contra las asechanzas de la ondina del estanque, razon por la cual no se atrevía á acercarse á él, asaltáronle á la pobre mujer sospechas de la desgracia ocurrida á su marido; corrió, pues, á orillas del estanque y encontrando en ellas la escopeta y la bolsa de las municiones, no dudó ya de su desgracia. Dando rienda entonces á su dolor, lamentándose y retorciéndose las manos empezó á llamar por su nombre y á grandes voces á su querido esposo, pero inútilmente. Recorre con ansiedad uno y otro costado del estanque, llama de nuevo, increpa á la ondina con las mas atroces injurias, mas la infeliz no obtiene respuesta alguna. El claro espejo de las aguas permanecía tranquilo y la faz de la luna creciente que en ellas se reflejaba, parecia que la miraba inmóvil como si se burlase de su desventura.

La pobre molinera no dejaba un momento aquel funesto paraje. Con pasos precipitados, sin un instante de reposo, iba y venia ora en silencio, ora dando lastimeros gritos, ora murmurando en voz baja como si rezase una plegaria. En fin, las fuerzas la abandonan, cae desfallecida en tierra y se queda profundamente dormida. En seguida tuvo un ensueño.

Trepaba inquieta entre dos enormes masas de peñascos: las zarzas y las espinas punzaban sus piés, la lluvia azotaba su rostro y el viento agitaba sus largos cabellos. Mas cuando arribó á la meseta de la montaña un espectáculo bien diferente se presentó á su vista. El cielo era azul y trasparente, fresca y agradable la brisa, la bajada parecia una pendiente suave, y al pié, en medio de una verde pradera toda esmaltada de odoríferas flores distinguió una linda y pintoresca cabaña. Descendió hasta ella muellemente, y respiraba todo una paz tan dulce que no tuvo el menor reparo en abrir la puerta. Habia dentro, gravemente sentada, una anciana de blancos cabellos la cual la hizo una seña afectuosa para que se adelantase. En tal momento la pobre mujer se despierta.

El sol brillaba ya en el horizonte y la afligida esposa se dispuso á practicar desde luego todo lo que se la habia representado en su sueño. Así que, ascendió penosamente á la montaña próxima y lo encontró todo parecido á cuanto habia visto dormida durante la noche. La vieja de los cabellos blancos la recibió amistosamente indicándole una silla para que se sentase. En seguida la dijo: sin duda tú has experimentado alguna desgracia puesto que vienes á visitar mi solitario albergue.

La molinera la refirió entonces, entre lágrimas y sollozos cuanto la habia pasado.

—Consuélate, la dijo la vieja; yo acudiré en tu ayuda. Aquí tienes este peine de oro: aguarda á la luna llena y en la hora que brille en todo su esplendor, diríjete hácia el estanque, siéntate á la orilla y pasa este peine sobre tus largos cabellos negros: así que hayas concluido déjale sobre el borde y ya verás lo que entonces sucede.

Salió de allí la molinera animada pero pensativa y parecia despues que tardaba un siglo en llegar la luna llena.

En fin, el disco completo del astro de la noche resplandece en el cielo y entonces se aproxima al estanque, destrenza sus cabellos y pasa por ellos el peine de oro. Concluida su tarea se sentó en el borde del agua. Bien pronto empezó ésta á bullir y agitándose mas y mas por momentos álzase en fin una ola enorme que se precipita en la orilla y al retirarse arrastra

consigo el peine de oro. No habia éste tenido tiempo apenas para hundirse en el fondo cuando la tersa superficie del lago recobra su inmovilidad, apareciendo en ella la cabeza del cazador. El infeliz no habló una sola palabra pero dirigió á su esposa una mirada tristísima. De repente una segunda ola se alzó con estrépito y ocultó enteramente la cabeza aparecida. Todo se habia desvanecido: el estanque volvió á quedar tranquilo como al principio y la faz de la luna se reflejaba en su líquido espejo.

La desgraciada esposa regresó desesperada á su vivienda mas un nuevo sueño la hace ver la cabaña de la vieja. Animada con esto pónese en camino al despertar la aurora y refiere su cuita á la hechicera, entonces ésta la entrega una flauta de oro, diciéndola:

—Aguarda otra vez al plenilunio: así que llegue tomas esta flauta y te colocarás en la orilla; ejecuta despues alguna tonada con el instrumento y depositale sobre la arena así que hayas concluido. Tú verás lo que entonces sucede.

La pobre mujer ejecutó al pié de la letra cuanto se la habia ordenado, y no bien acababa de dejar la flauta sobre la arena cuando las aguas comenzaron á agitarse: álzase una ola, se estrella ruidosamente contra la orilla y se lleva la flauta en su retirada. En seguida las ondas se entreabren y no solamente aparece saliendo del fondo la cabeza del cazador sino que presenta hasta la mitad de su cuerpo. Con la ansiedad pintada en su rostro estiende los brazos á su asombrada esposa; parecia que iba ya á tocarla con ellos, mas viene con estrépito una segunda ola, le envuelve y le precipita en el fondo. ¡Ah! exclamó entonces la desdichada; ¿de qué me sirve verte si te pierdo en seguida.

Apodérase de nuevo la tristeza de su corazon; pero otra vez en sueños se la representa el albergue de la vieja. Vuelve allá casi sin esperanza, y la hechicera entregándola una rueca de oro la anima y la dice:

—No está todo acabado aun: aguarda otra vez á la luna llena, toma entonces la rueca, colócate en la orilla del estanque é hila hasta que el huso esté repleto. Cuando hayas acabado coloca la rueca cerca del agua y verás lo que entonces sucede.

La jóven obedece ciegame. Asi que la luna llena llega á su apogeo, ella se traslada al estanque y se pone á hilar con suma diligencia hasta que apuró su copo envolviéndole en el huso, convertido en hebra. No bien hubo colocado la rueca en el suelo cuando el fondo de las aguas empezó á agitarse con mayor violencia que nunca. Una impetuosa ola se adelanta con rapidez y lleva en pos de sí la rueca de oro.

De improviso la cabeza y el cuerpo entero del cazador aparecen sobre la superficie. Arrójase á la orilla como por encanto, coge á su mujer de la mano y la arrastra consigo ligero como el viento. Apenas habia avanzado algunos pasos cuando el estanque todo entero se alborota con un horrible estruendo, y desbordándose réciamente se estiende con ímpetu irresistible por la llanura. Ya los dos fugitivos veian la muerte delante de sus ojos, cuando la esposa en su agonía invoca con ánsia en su ayuda á la vieja hechicera, y en el mismo instante fueron transformados la mujer en rana y el marido en escuerzo. La inundacion que los perseguia no consiguió hacerlos perecer, pero los separa y los conduce bien lejos el uno del otro.

Cuando las aguas retrocedieron á sus bordes naturales y los dos esposos apoyaron su pié en el terreno seco, tomaron de nuevo su forma humana. Ninguno de los dos, sin embargo, sabia qué suerte habia cabido al otro, encontrándose entre gente extranjera que no conocia su pais. Separábanlos monta-

ñas gigantescas y valles profundos; y así el uno como el otro se vieron en la precision de guardar ganados para procurarse el sustento. Durante muchos años guiaron sus manadas de cabras y corderos á través del campo y de los montes, consumidos por el pesar y la tristeza.

Ya una vez, por fin, en que la primavera empezaba á reverdecer, salieron ambos en el mismo día con sus rebaños, é hizo la casualidad que marchasen al encuentro el uno del otro. Sobre la falda de una montaña distante descubrió el marido un rebaño, hácia el cual dirigió el suyo desde luego. Los dos llegaron al valle á un mismo tiempo, mas no se reconocieron por el pronto, así es que aunque se regocijaron mutuamente, fué mas bien por haber encontrado compañía. Pasados algunos momentos hicieron pastar juntas á sus manadas, y aunque no se habian hablado, sentian dentro de sí cierto consuelo. Así pasó algun tiempo apacentando ambos ganados. Mas al llegar la noche cuando la luna brillaba con toda su redondez sobre el horizonte y los carneros y las cabras reposaban, el pastor saca su zurrón una flauta y ejecuta en ella una pastorela agradable, pero triste. Cuando dejó de tocar reparó que la zagala lloraba amargamente.

—¿Por qué lloras, la preguntó él?

—¡Ah! respondió ella, porque del mismo modo que ahora lucia la luna llena la última vez que yo toqué con la flauta esa sonata, y que la cabeza de mi querido esposo apareció, saliendo de las ondas del estanque.

Entonces el pastor fija en ella sus miradas intensamente, pareciéndole que caia un velo de sus ojos y reconoció asombrado á su amada esposa, la cual, mirándole á su vez á tiempo que la luna daba de lleno en su espresivo rostro, animado mas y mas por la profunda emocion de tan grata sorpresa, reconocióle asimismo llena de alborozo. Arrojáronse, pues, á la par uno en brazos de otro y se colmaron de caricias, viviendo en adelante felices y sin querer volver al molino de sus antepasados por temor de que á alguno de sus hijos no les jugase otra mala pasada la ondina del estanque.

(De los hermanos Grimm.)

EL LIRIO Y LA ROSA.

Para esplicarme las caractéres distintivos de una flor, hé aquí que un sábio botánico, calados los anteojos, desdobra á mi vista un cartapacio entre cuyas hojas de papel ha enterrado toda una flora de plantas desecadas. ¿No es verdad que una ciencia tan agradable encierra algo de lúgubre con semejante método? ¿Es en tal estado, gracias lectoras de LA GUIRNALDA, como reconocerias una azucena? ¿No es mas bien al márgen de un arroyo, elevando en medio de las demás plantas su tallo magestuoso y reflejando sobre las aguas sus elegantes pétalos, mas blancos que la nieve, como os agradaria admirar este bello símbolo de la pureza? Su incomparable blancura nunca resalta tanto como cuando se encuentra moteada, como de gotas de coral, por esos insectillos de escarlata, piqueteados de negro, que el vulgo llama Santanas ó palomitas de Dios, deslizándose sus microscópicas patitas en busca de un asilo en aquellas hojas aterciopeladas.

¿Ni quién de vosotras podrá reconocer en una rosa desecada á la reina de las flores? Para que pueda ser un objeto digno de reflexiones halagüeñas y aun si se quiere filosóficas, es preciso, verla cuando saliendo por entre las hendiduras de húmedos peñascos brilla en la esplendidez de todo su verdor balanceándose á impulsos del blando céfiro sobre su tallo erizado de espinas que la risueña aurora ha esmaltado con sus lágrimas cristalinas. Frecuentemente algun insecto diminuto, tal vez

venenoso, anidado en su corola, hace contrastar mas y mas el vivo carmin de la rosa sobreponiéndole el abrigantado verde esmeralda de su cuerpecillo. Entonces es cuando esta hermosa flor parece que quiere advertirnos que si es un emblema del placer tanto por sus atractivos como por la rapidéz con que pasan, lleva del propio modo que aquel, el peligro en torno suyo y el arrepentimiento en su seno.

Un juicio á lo Sancho Panza.

Habia robado un carnero cierto campesino á un convecino suyo. Notó este desde luego la falta del animal y despues de algunas diligencias le reconoció entre los que el hurtador apacentaba. Poco amigo de ruidos se limitó por el pronto á reclamárselo en buenos términos, mas obstinándose aquel en no confesar el hurto se vió en la precision de demandarle ante el alcalde. Despues de las respectivas defensas el Salomon, ó mejor dicho el Sancho Panza de la aldea, proveyó un auto del tenor siguiente:

«Ante nos etc... oidas las partes y para proveer con mas acierto, ordenamos: que el susodicho carnero, objeto de la demanda sea trasladado el martes próximo y hora de las diez de la mañana, ante nuestra presencia, en esta sala del juzgado, de donde nos le haremos salir, presentes las partes interesadas, para que vaya solo y voluntariamente al aprisco, redil ó corral donde él quiera encaminarse, siendo considerado el propietario del lugar á donde se dirija como único, verdadero y legítimo dueño del animal. Prohibimos espresamente á las partes que hagan señal invitatoria de cualquiera especie que sea al carnero en cuestion, á quien seguiremos en su ruta hasta que él de propia voluntad haga libre eleccion de su albergue, Fecho por nos en esta villa de etc. etc.»

Esta diligencia fué ejecutada con la mayor formalidad y todo el aparato posible. En el día designado se condujo, pues, al carnero con toda formalidad y el mayor aparato posible á la sala de audiencia, donde acudió tambien, atraído por la novedad, todo el pueblo en masa.

El sencillo animal abandonado á sí mismo, se encaminó línea recta hácia la casa del demandante. El autor del hurto fué por ende condenado á la restitution y pago de las costas y gastos del juicio, volviendo á su casa cabizbajo, perseguido por la multitud que le atronaba con sus silbidos y amenazadora gritería.

Este juicio razonable puede muy bien figurar en coleccion con los famosos de Sancho Panza.

En la *Gaceta* correspondiente al 9 del actual se ha publicado la lista de obras de texto para las asignaturas de segunda enseñanza, estudios de aplicacion y lenguas vivas, formada por Real Consejo de Instruccion pública para el trienio de 1868 á 1871.

Como resolucion tan interesante á los establecimientos en que se educa la juventud y las familias todas en general, creemos hacer un servicio á nuestros lectores insertando íntegro á continuacion el espresado documento.

Lista de obras de texto para el trienio de 1868 á 1871.

SEGUNDA ENSEÑANZA.

PRIMER PERÍODO.

Catecismo de doctrina cristiana.

- 1.^a Catecismo de la doctrina cristiana, por el Excmo. señor D. Antonio María Claret, arzobispo de Trajanópolis (1866).
- 2.^a Catecismo católico explicado, por el presbítero D. Alejandro Sanchez Hernandez.